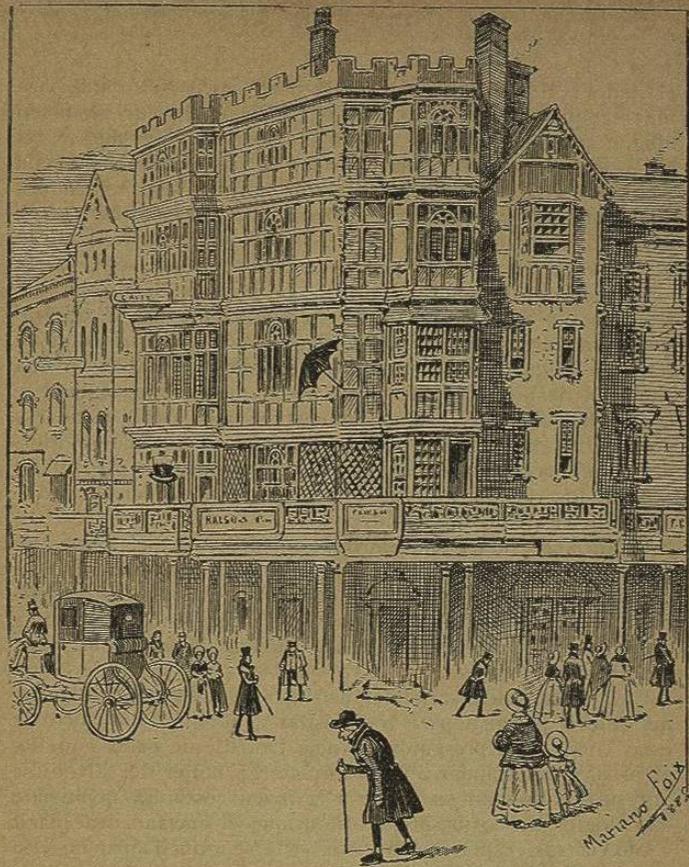


Pero al día siguiente, Blandois no se presentó, aunque la casa Clennam y C.^a había recibido ya la carta de aviso esperada. Flintwinch fué por la noche á visitar al viajero y no quedó poco sorprendido cuando le dijeron que había pagado su cuenta por la mañana y que estaba camino de Calais. Jeremías, no obstante, persuadióse, á fuerza de reflexionar, que Blandois cumpliría su palabra, volviendo á visitarle.



CAPITULO XXXI

Espíritu de dignidad

No pasa apenas día sin que los transeúntes encuentren en las calles de la populosa metrópoli algún viejecito escualido y amarillento, á quien se creería caído de las nubes, si éstas no se respetasen demasiado para exportar semejantes productos; y que anda con mucha precaución, como atemorizado por

el ruido y el movimiento. Este viejecito suele llevar una vestimenta que por su corte y color jamás estuvo de moda en ningún país; y cubre su cabeza un sombrero de mugrientas alas, pero demasiado endurecido en la copa para que pueda adaptarse á la forma de la cabeza de quien lo usa. La camisa, de lienzo muy grueso, y la corbata, no menos tosca, corren parejas con el sombrero; y todas las prendas, en fin, parecen no pertenecerle, á juzgar por el disgusto con que las lleva.

El padre de la señora Plornish, el anciano Naudy, era un viejecito por el estilo: acosado continuamente por la desgracia, y siempre pobre, habíase visto al fin en la precisión de retirarse á un hospicio, pues los Plornish se hallaban en una situación demasiado crítica para poder mantenerle, si bien le convidaban á comer cuando obtenía permiso para ausentarse durante un día del benéfico establecimiento. La señora Plornish, muy orgullosa de su padre, complaciase en presentarle á todos los vecinos y vecinas, elogiando sus cualidades, y sobre todo su genio filarmónico.

El anciano Naudy tenía además un protector: el señor Dórrit, quien trataba al viejecito con la mayor afabilidad, aunque le consideraba en cierto modo como un vasallo; complaciase en verle para hacer comentarios sobre su decrepitud, y cuando se marchaba, admirábase de que Naudy conservase tan erguida la cabeza.

Cierto día, aniversario del nacimiento de Naudy, el anciano obtuvo permiso para ir á visitar á su hija, y á poco de estar en su casa, presentóse la niña Dórrit, que había entrado, al pasar, para saludar á los Plornish. La mujer del albañil se apresuró á mostrar su padre á la joven costurera, repitiendo sus elogios de costumbre, y díjole que el anciano deseaba ir á ofrecer sus respetos al decano, si la señorita Dórrit no veía en ello ningún inconveniente.

—Nada de eso—contestó la joven;—y si el señor Naudy quiere venir conmigo, tendré el mayor gusto en acompañarle.

—Muy bien—contestó la mujer del albañil;—no estará poco engreído mi padre aprovechando la ocasión de servir á usted de caballero, querida Amy. Déjeme usted arreglarle un poco el lazo de la corbata y podrán ustedes marcharse.

Un momento después, la joven costurera salía con el anciano, á quien condujo por el Puente colgante, donde le invitó á descansar un rato. Luego continuó su marcha, y hallábase ya á cinco minutos de la prisión, cuando al doblar una esquina, tropezaron con Fanny, que llevaba sombrero nuevo.

—¡Cielo santo, Amy!—exclamó la bailarina, retrocediendo un paso;—imposible me parece.

—¿Qué quieres decir, Fanny?

—¡Vamos, me parece mentira! Estoy dispuesta á creer muchas cosas que me dijeran de ti—prosiguió Fanny con acento de indignación;—pero nunca te habría creído capaz de semejante bajeza.

—¡Fanny!—exclamó la niña Dórrit, ofendida por aquellas palabras.

—Te digo—repuso la bailarina,—que no tienes dignidad... ¿A quién se le ocurre pasear así las calles en pleno día con un pobre del hospicio?

—¡Oh Fanny!

—Ya me aburres con tus *oh Fanny!*... Jamás he visto una cosa por el est'lo... esa obstinación tuya en querer deshonrarnos á cada momento es verdaderamente infame; ¿esto no se puede tolerar!

—¿Es una deshonra para nadie—contestó dulcemente la niña Dórrit,—cuidar de un pobre anciano?

—Sí, señora—contestó Fanny;—usted debería saberlo, y lo sabe muy bien; y precisamente por esto procede así. Parece que se complace en recordar á su familia que ha tenido desgracias, y diríase que su mayor gusto es tratar con cierta clase de gente; pero si usted ignora lo que son las conveniencias sociales, yo lo sé muy bien, y por lo tanto me permitiré pasar al otro lado de la calle y proseguir mi camino como si no la conociese.

Así diciendo la bailarina cruzó á la acera opuesta, mientras que el viejo Naudy, que permanecía inmóvil á pocos pasos, saludaba á la bailarina con la mano, pues la niña Dórrit había soltado su brazo en el primer momento de sorpresa. Mientras que Fanny se alejaba, volvió su hermana á reunirse con el anciano, quien le preguntó si había ocurrido alguna novedad en la familia.

—No, no—contestó la niña Dórrit;—todos están buenos, gracias; déme usted el brazo, señor Naudy, que ya estamos cerca.

La joven reanudó la conversación con el anciano como si nada hubiera sucedido, y en breve llegaron á la prisión. Qui-so la casualidad que el decano se dirigiese á la portería en el momento en que Amy se acercaba á ella dando el brazo al viejecito; este espectáculo le produjo una viva agitación, y sin duda un profundo pesar, pues sin hacer caso de su protegido,

que le saludaba sombrero en mano, volvióle la espalda y subió á su habitación.

La niña Dórrit, después de prometer que volvería al instante, dejó allí al pobre anciano, que en tan mal hora había tomado bajo su protección, y fué á reunirse con su padre. En la escalera encontró á Fanny que la seguía con aire desdenoso, y todos tres entraron en la habitación casi al mismo tiempo.

El Padre de la Mariscalía se dejó caer en un sofá, y ocultando el rostro con sus manos exhaló un gemido.

—¡Naturalmente!—exclamó Fanny;—no podía suceder otra cosa... ¡He aquí á papá afligido!... Espero que ahora me atenderá usted cuando le diga algo, señorita.

—¿Qué tiene usted, padre?—preguntó la niña Dórrit, inclinándose sobre el decano.—¿Está usted disgustado? Supongo que no seré yo causa de ello.

El Padre de la Mariscalía extendió el brazo, y movió tristemente la cabeza, mirando á la más joven de sus hijas.

—Amy—le dijo,—ya sé que no has tenido ninguna mala intención, pero me has causado un profundo pesar.

—¡Vamos!—replicó la implacable Fanny,—ya sabemos que esta muchacha es plebeya de corazón.

—¡Padre!—exclamó la niña Dórrit, pálida y temblorosa,—perdóneme usted, y dígame qué mal he hecho, para poderme enmendar.

—¿Lo que has hecho, niña prevaricadora?—repuso Fanny;—harto lo sabes; ya te lo he dicho, y no debes aparentar ignorarlo.

—¡Silencio!... Amy, he hecho todo lo posible para conservarte en una esfera distinguida, y mantener tu rango aquí; no sé si he obtenido buen resultado, ni tampoco si has sabido apreciar mis esfuerzos; todo lo había perdido menos el honor, y sólo me faltaba este último golpe... el que acabo de recibir.

Al pronunciar estas palabras, el anciano se pasó el pañuelo por los ojos, mientras que la niña Dórrit, arrodillada ante su padre en actitud suplicante, contemplábase con aire afligido.

—Sí—continuó,—hasta hoy había tenido la suerte de evitar las humillaciones, y en medio de todas mis pruebas, he conservado bastante altivez para hacerme respetar de cuantos me rodean; pero hoy, en este instante, me siento humilladísimo.

—¡Naturalmente! no cabía esperar otra cosa—exclamó la irascible Fanny.—¿A quién se le ocurre ir á correr las calles llevando cogido del brazo á un mendigo del hospicio?

—Querido padre—dijo la niña Dórrit,—no trataré de justificarme de haberle causado tanto pesar, no, se lo aseguro á usted; y sólo deseo consolarle y olvidar mi falta; pero si no hubiese sabido que siempre era bondadoso con ese anciano y que le agradaba verle, no habría venido aquí con él, padre, ¡créalo usted! ¡La falta que acabo de cometer ha sido involuntaria, y bien sabe Dios que por nada quisiera afligirle!

Fanny, dejando escapar un sollozo, comenzó á llorar con su hermana, y dijo, según tenía costumbre de hacerlo cuando se desvanecía un poco su cólera, que estaba muy enojada contra sí misma y un poco contra los demás, y que quisiera haber muerto.

El anciano Dórrit estrechaba entre los brazos á su hija más joven, acariciándole el cabello.

—¡Vaya! no se hable más de ello, Amy; lo olvidaré tan pronto como me sea posible. Es verdad, hija mía, que siempre me complace ver á mi protegido... Pero sólo en calidad de tal... y también es verdad que fiendo á esa... ¡hem!... caña rota (creo que no habrá inconveniente en llamarle así,) una mano tan benévola y protectora como lo permite mi posición. Todo esto es exacto; mas por otra parte, no puedo traspasar los límites que me impone... ¡hem!... el sentimiento de mi propia dignidad. Hay ciertas cosas que no se pueden conciliar con este sentimiento y que le hieren profundamente... No me humilla que hayas sido amable con ese anciano; pero sí el haber visto á mi propia hija entrar en el patio de esta comunidad cogida del brazo de un... ¡oh, Dios mío!... de uno que viste librea de la miseria.

El decano pronunció estas últimas palabras con voz tan conmovida, que no era fácil oírlas todas; y tal vez hubiera encontrado otras para expresar su dolor á no haber resonado un golpe en la puerta, dos veces repetido.

—¡Adelante!—exclamó Fanny.

—¡Hola, Juan!—gritó el anciano Dórrit que se había calmado de repente,—¿qué hay de bueno?

—Una carta para usted, que acaban de traer en este momento; como estaba en la portería, he tenido el gusto de subirla yo mismo.

El joven Juan enmudeció de pronto al observar el espectáculo que ofrecía la niña Dórrit, arrodillada á los pies de su padre.

—Muy bien, Juan—dijo el anciano,—le doy las gracias.

—La carta es del señor Clennam, y contestación á otra de

usted; el que la trajo ha dicho que ese caballero vendría á verle esta tarde, y que espera encontrarle, así como á... la señorita Dórrit.

—¡Oh! muy bien—contestó el anciano, entreabriendo la carta, que contenía un billete de Banco...—Gracias, Juan; ya sé lo que es. Le agradezco mucho su complacencia. ¿Esperan contestación?

—No, señor.

—Gracias, Juan. ¿Cómo sigue la madre?

—No tan bien como sería de desear...; excepto el padre, todos estamos bastante mal.

—Pues déle expresiones de mi parte; espero que se aliviará pronto.

—Gracias, caballero.

El joven Juan se retiró, improvisando en el camino un epitafio que decía así:

«Aquí yacen los restos mortales de Juan Chivery,
»que al ver un día al ídolo de su alma presa del mayor dolor
»y no pudiendo soportar tan desgarrador espectáculo,
»volvió á casa de sus padres inconsolables
»y puso fin á su triste existencia.»

—¡Vaya! Amy—dijo el decano, cuyo profundo pesar parecía haberse disipado como por encanto, hasta el punto de irradiar el mayor contento;—sepamos ahora dónde está mi protegido; no debemos dejarle solo un minuto más, pues tal vez creyera que me niego á recibirle. Ve á buscarle, hija mía, si no prefieres que lo haga yo.

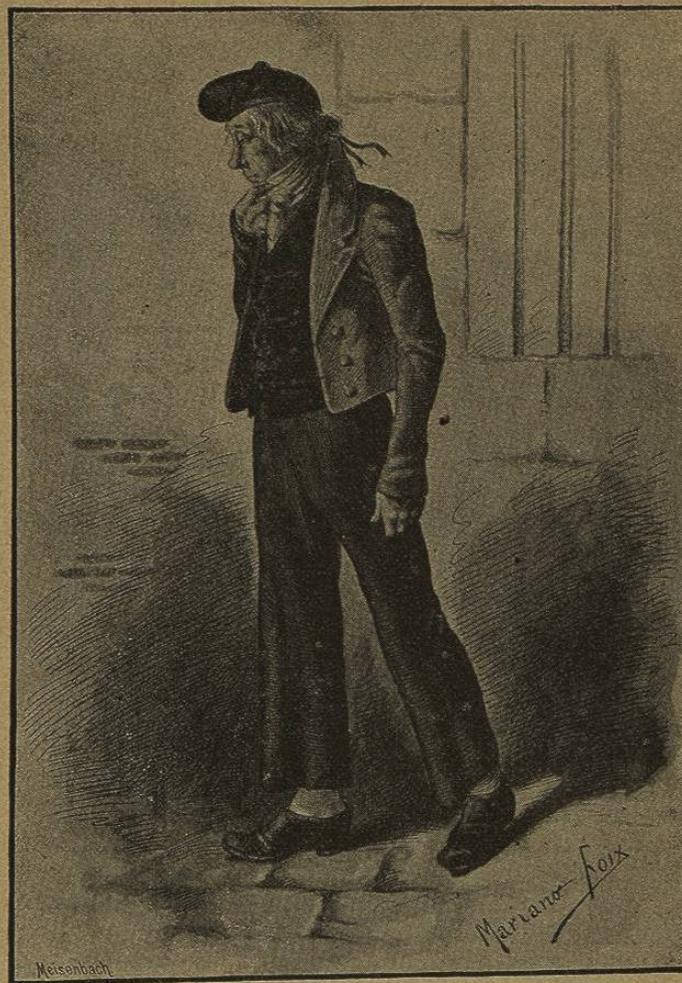
—Si le es igual, padre, creo que vale más que usted vaya—contestó la niña Dórrit, tratando de ahogar sus sollozos.

—Muy bien, iré yo mismo, hija mía; ¡tranquilízate! Vamos, sube á tu cuarto y lávate los ojos para borrar la huella de tus lágrimas, á fin de poder recibir al señor Clennam.

—Mejor quisiera permanecer en mi cuarto, padre—replicó la joven;—prefiero mucho más no ver al señor Clennam.

—¡Oh! no digas eso, hija mía; ¡vaya qué niñada! El señor Clennam es un caballero muy cumplido, algo reservado á veces, pero esto no importa. Por nada en el mundo quisiera que dejases de estar aquí para recibirle, sobre todo esta tarde, y por lo tanto te ruego que vayas á lavarte un poco, amor mío.

La niña Dórrit, como hija obediente, se levantó al punto, y antes de salir dió á su hermana un beso de reconciliación.



El joven Juan se retiró...

Fanny, por su parte, para manifestar su remordimiento, dijo que más valiera que el viejo Naudy hubiese muerto antes de dar motivo á que se indispusiesen dos hermanas por culpa de un repugnante mendigo.

El Padre de la Mariscalía, rebotando satisfacción, bajó al patio en busca del anciano Naudy, que permanecía en pie, junto á la verja y sombrero en mano, en la misma actitud en que le dejara la niña Dórrit.

—Vamos, Naudy—dijo el Padre de la Mariscalía con acento bondadoso,—¿por qué se detiene usted ahí? ¿Cómo va, amigo mío? Parece que estamos buenos, ¿eh?

—Muchas gracias, caballero; estoy mejor desde que tengo el gusto de ver á Vuestra Señoría.

El decano, queriendo ser amable hasta el fin, condujo de la mano hasta su habitación al pobre vpiejecito y encargó á Maggy que preparara el té y fuese á comprar bizcochos, manteca fresca, huevos, jamón y cangrejos, recomendando mucho á la mensajera que contara bien el dinero. Apenas terminados los preparativos, la niña Dórrit bajó con su costura, y un momento después presentóse Clennam: el decano le dispensó la más favorable acogida, invitándole á participar del té.

—Amy—dijo á su hija menor,—tú tienes la suerte de conocer al señor Clennam mejor que yo, y por lo tanto no necesito presentártelo.

Y dirigiéndose á Fanny, añadió:

—Hija mía, este caballero no es ya un extraño para tí, y debes considerarle como nuestro mejor amigo.

La bailarina contestó con un saludo altanero, pues en aquella ocasión, figurábasele que todos conspiraban contra la dignidad de la familia, y pensó que Arturo sería uno de los cómplices de la liga.

—Señor Clennam—añadió el decano,—aquí tiene usted á un antiguo protegido mío, servidor muy fiel (Guillermo Dórrit hablaba siempre de Naudy como de una antigualla, aunque tenía dos ó tres años más que él.) Creo que usted conoce á la señora Plornish: Naudy es su padre.

—Me alegro mucho de conocerle—contestó Arturo.

Durante este diálogo, Maggy, ayudada por la niña Dórrit, había puesto la mesa, preparándolo todo; y como hacía mucho calor en la prisión, abrió la ventana de par en par.

—Si Maggy quisiera extender este diario en el reborde de la ventana—dijo el decano á media voz á la niña Dórrit,—mi

anciano protegido podría tomar allí su té, mientras nosotros tomamos el nuestro.

Según se ve, antes de obsequiar á su protegido, Guillermo Dórrit creía conveniente establecer entre el anciano y su familia una distancia de un pie de anchura. Clennam no había visto nunca nada que se pareciese al magnánimo patronato del decano; y perdíase en una contemplación de los incidentes de aquel curioso espectáculo.

—¿Quiere usted un poco de jamón, Naudy?—preguntó el decano á su protegido.—¿No? ¡Cuánto tarda usted en comer!

Y dirigiéndose á los que le rodeaban, añadió en voz baja:

—¡Pobre hombre, ya comienza á quedarse sin dientes!

Poco después, preguntó al anciano si quería cangrejos, y como tardase en contestar, el decano dijo á sus convidados:

—Naudy pierde el oído; dentro de poco quedará completamente sordo.

—¿Se pasea usted mucho en el establecimiento?—preguntó después á su protegido.

—No, señor—contestó el anciano;—es cosa que no me agrada mucho.

—Es natural—repuso el decano, dirigiéndose confidencialmente á sus convidados;—á ese pobre hombre le flaquean ya las piernas.

Como para completar su interrogatorio, Guillermo Dórrit preguntó al anciano cuantos años tenía el hijo menor de los Plornish.

—Mi nieto Juan Eduardo—contestó Naudy, dejando á un lado el cuchillo y el tenedor, como para reflexionar,—cuenta ya... ¡Veamos!

El decano se llevó la mano á la frente, diciendo:

—También pierde la memoria.

—No recuerdo á punto fijo—añadió Naudy,—si ese niño tiene ahora dos años y dos meses, ó dos y medio.

—Bien, no se rompa usted la cabeza en buscar más—replicó el decano con la mayor bondad. (Ese hombre pierde todas sus facultades—dijo Dórrit á sus demás convidados;—y bien se ve que no puede resistir la vida que pasa en el hospicio.)

Cuando el decano se levantó al fin para despedir á Naudy, después de tomar el té, irguióse cuanto le fué posible y dijo á su protegido con la mayor bondad, poniéndole una moneda en la mano:

—Naudy, esto no se llama un chelín, ya lo sabe usted; esto es tabaco.

—Muchas gracias, caballero—repuso el anciano;—sírvese usted presentar mis respetos á las señoritas Amy y Fanny; usted lo pase bien, señor Clennam.

Naudy salió, y su protector se detuvo en la puerta para recomendarle que anduviese con cuidado al bajar la escalera.

—Ese es un triste espectáculo, señor Clennam—dijo cuando volvió á sentarse;—el infeliz no echa de ver su decrepitud, ni reconoce sin duda que ya es sólo una ruina.

Como Clennam tenía sus razones para quedarse, se asomó á la ventana, mientras que Maggy y la niña Dórrit se ocupaban en quitar la mesa y en lavar las tazas. Cuando la joven costurera hubo puesto su labor sobre la mesa, abrióse la puerta silenciosamente, presentóse Tip y abrazó á su hermana menor, que salía á su encuentro, saludó á su padre y á Fanny con una inclinación de cabeza y después fué á sentarse, dirigiendo una sombría mirada á Clennam, como si no le conociese.

—Amigo Tip—dijo la niña Dórrit con su dulzura acostumbrada, aunque se avergonzase de la conducta de su hermano,—¿no ves?...

—Sí, veo perfectamente, si te refieres á cierto visitante que se halla aquí...—interrumpió Tip haciendo un ademán para señalar á Clennam.

—¿Y eso es todo lo que tienes que decir?

—Sí, todo; y creo que el visitante comprenderá mi silencio, pues no puede olvidar que no me ha tratado con las consideraciones debidas á un caballero.

—No comprendo—contestó Clennam.

—¿No? Pues entonces voy á tratar de explicarme más claramente. Usted me permitirá decirle que cuando dirijo á una persona cualquiera petición redactada en debida forma para obtener en caso de urgencia una pequeña suma de que se puede disponer fácilmente... y á pesar de esto se me niega, debo sostener que dicha persona no ha procedido respecto á mí con la consideración que se debe á un caballero.

Apenas el joven hubo pronunciado esta última frase, el decano, que hasta entonces había contemplado á su hijo sin pensar en interrumpirle, intervino, gritando encolerizado:

—¿Cómo te atreves?...

—¡Bah! no me pregunte usted «cómo me atrevo»—repuso Tip,—porque es una necesidad. En cuanto á la línea de conducta que he juzgado oportuno seguir con el individuo aquí pre-

sente, debería usted estar orgulloso de verme mantener la dignidad de la familia.

—¡Ya lo creo!—añadió Fanny.

—¡La dignidad de la familia!—repitió el padre.—¿Habremos llegado al punto de que mi propio hijo crea enseñarme... «á mí...» lo qué es dignidad?

—¡Vamos! padre, ¿á qué enojarnos unos con otros por este asunto? Estoy convencido de que el individuo aquí presente no se ha portado conmigo como se merece un caballero: ni más, ni menos.

—¡Ah! ¿con que está usted convencido de ello, caballero?—replicó el padre.

—Sí, señor; ¿á qué excitarle más la bilis?

—Señor mío—continuó el padre animándose cada vez más,—usted no tiene derecho para estar convencido de una cosa absurda, de una cosa... ¡hem!... inmorale... No, señor Clennam, no me interrumpa usted, se lo ruego. Rechazo terminantemente el aserto que mi hijo acaba de emitir.

Amy trató de calmar á su padre; pero éste, sin querer escuchar nada, repitió que no ignoraba lo que se debía á sí mismo y que no toleraría se le injuriase. Después preguntó si debía permitir á su hijo semejante lenguaje en su presencia, ni pasar por tal humillación.

—Usted se forja fantasmas—contestó Tip con tono de mal humor;—la cosa de que estoy convencido no le concierne á usted, ni tiene nada que ver con sus asuntos; de modo que no veo por qué ha de intervenir.

—Pues yo le digo á usted que me importa mucho—replicó el decano,—y le haré observar, caballero, que... ¡hem!... la posición... ¡hem!... delicada y singular de su padre, debería bastar para cerrarle la boca, cuando se trata de establecer principios tan... ¡hem! tan desnaturalizados.

—¡Vamos! ya veo—dijo Tip,—que no está usted dispuesto á atender razones, y por lo tanto, lo mejor que puedo hacer es marcharme. Buenas noches, Amy; no te apesadumbres por esto; siento mucho que haya ocurrido en tu presencia, ¡palabra de honor! pero no puedo olvidar el sentimiento de mi propia dignidad, ni aun por ti, viejecita mía.

Al pronunciar estas palabras cogió su sombrero y salió, seguido de la señorita Fanny, que hubiera creído faltar á su dignidad si no hubiese dirigido á Clennam una mirada hostil, para indicarle que le consideraba como conspirador contra la familia Dórrit.

Cuando hubieron salido, el decano pareció dispuesto á recaer en un acceso de tristeza, lo cual hubiera sucedido á no ser por la llegada, muy oportuna, de un caballero que iba á invitar al Padre de la Mariscalía al café.

—Ya ve usted, señor Clennam—dijo el decano,—qué singulares son las anomalías de mi posición... ahora se trata de cumplir con un deber público, y estoy seguro que me dispensará la ausencia.

Clennam rogó al anciano que no titubeara un momento en cumplir con sus deberes.

—Amy, hija mía—dijo el decano antes de salir—haz tú los honores al señor Clennam, y tal vez consigas hacerle olvidar el inesperado incidente... ¡hem!... que acaba de ocurrir.

Clennam aseguró que aquel incidente no le había producido ninguna impresión, y que, por lo tanto, nada debía olvidar.

—Amigo mío—dijo el decano saludando con su gorra de terciopelo, mientras que estrechaba la mano de Clennam para hacerle comprender que había recibido la carta y el billete adjunto—Dios le colme de tanta felicidad como para usted deseo.

Arturo conseguía su objeto: hablar á solas con la niña Dórrit; Maggy estaba allí, pero no importaba.

